

---

## DEBATE SOBRE LA GENERACION DEL 98

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D.Dalmacio Negro Pavón\*

Antes de pasar a destacar los aspectos más importantes de las cuatro intervenciones sobre el Tema El 98», recordaré que el Dr. Lisón Tolosana habló sobre la «Anatomía de una generación»; el Dr. Cerezo Galán sobre «La doble crisis, ideológica e intelectual, de la Generación de 1898», el Dr. Velarde Fuertes sobre «Los economistas de la Generación del 98» y el Dr. Pinillos Díaz sobre «El pensamiento del 98 cien años después» Estaba prevista una quinta intervención del Dr. García Hoz acerca de «Las perspectivas de la educación española en el año 1898 y los problemas que sus deficiencias plantearon a los españoles», que, desgraciadamente, no hemos podido escuchar.

A mi juicio, el contenido de las exposiciones y discusiones podría agruparse convencionalmente en torno a los siguientes puntos:

1. El problema de la generación como categoría.
2. La generación del 98 como problema.
3. El fin de siglo como categoría histórica.
4. Los miembros de la generación del 98.
5. El pesimismo en la generación del 98.
6. Actitudes críticas y casticismo.
7. Actualidad de la generación del 98.

---

\* Sesión del día 26 de mayo de 1998.

---

## EL PROBLEMA DE LA GENERACION COMO CATEGORIA

El Dr. Lisón, conforme al título de su ponencia, yendo más allá de la estricta aplicación de la categoría generación a la del 98, suscitó un interesante debate en torno al concepto mismo de generación, aunque ilustra sus tesis a propósito precisamente de aquella. Ese concepto incurre a su parecer, en el defecto de que explica apriorísticamente pero no describe, lo que da lugar a numerosos problemas de clasificación y definición. Conlleva tal grado de vaguedad e imprecisión que no pasa de ser un recurso cómodo y artificial de clasificación a costa de la precisión. La generación puede tener validez explicativa en ciertas formulaciones descriptivas pero carece de vigor lógico deductivo. En suma, puede resultar útil por su capacidad descriptiva aproximativa, es decir, como auxiliar, en modo alguno como explicación de un modo de ser. Los argumentos del Dr. Lisón contra la utilidad heurística de esa categoría se podrían concretar como sigue:

En primer lugar, los anclajes inherentes al concepto generación, que permiten fundamentar con objetividad y realidad su existencia, tanto el biológico y sus ritmos subsiguientes como el cronológico, son inevitablemente arbitrarios.

En segundo lugar, los problemas que plantea al efecto de incluir o excluir a alguien de la generación de que se trate.

En tercer lugar, el recurso al binomio intensidad-propiedades, que permitiría actuar de corrector, mediante la selección de características específicas, plantea a su vez nuevas aporías: ¿Cómo identificar las notas distintivas y definitorias de la clase o grupo? ¿Con qué criterios? ¿Cómo identificar las conclusiones?

En suma, una generación no configura un grupo monolítico basado en la biología y en el tiempo ni está definida por un canon único. Su ontología la constituye un conjunto enumerativo en extensión y coherente en intensidad formando un *continuum* procesual en conjunción y disyunción simultáneas pero adoleciendo de valor heurístico pleno. Para el Dr. Lisón, los conceptos *ANTROPOLÓGICOS*: *ethos*, *pathos*, *Weltanschauung*, debidamente fundamentados en etnografía precisa y concreta y sin fronteras rígidas, son más apropiados y pertinentes que el de generación.

Especialmente los Dres. Del Campo y Cerezo se manifestaron inmediatamente muy críticos sobre el valor científico del concepto si bien el Dr. Cerezo, en su exposición posterior le reconoce cierta utilidad.

El Dr. Pinillos no aborda directamente el tema del valor conceptual del término generación. Situándose, a mi entender, en el plano de la historia de las ideas,

a través de su crítica a la del 98, parece reconocerle valor regulativo pero no constitutivo. El Dr. Millán coincide en esta apreciación, aunque señala que la aceptación de la palabra generación como idea regulativa contradice la tesis del Dr. Lisón.

---

## LA GENERACION DEL 98 COMO PROBLEMA

Aplicando lo anterior a la llamada generación del 98, es obvio que el Dr. Lisón se mostró muy crítico respecto a esta caracterización. Afirma que, al hablar de generación del 98, «estamos celebrando el centenario de algo que en aquel momento y en realidad nunca existió», citando *ad exemplum* la sorpresa de los propios bautizados por Azorín como noventayochistas.

Por lo pronto, su origen en una frase de Maura en 1908, «la generación del desastre», expresión de «carácter dubitativo e inconsistente», la hace bastante endeble como categoría explicativa. Recuerda que hacia 1900 los jóvenes escritores a los que se atribuyó luego una comunidad de generación eran llamados simplemente modernistas. La conceptualización definitiva se debió a Azorín, quien habló dos años más tarde de la *generación del 96*, rebautizándola en 1913 como *del 98* en contraposición a la generación erótica.

Como puntualiza el Dr. Pinillos en su contribución, las dudas del propio Martínez Ruiz, le movieron a rebautizarla cuatro veces, para reconocer finalmente, que «eso de la generación del 98» no acaba de gustarle.

En realidad a lo que se estaba refiriendo Azorín, interpreta el Dr. Lisón, era a la existencia de un *ethos* cultural dominante y en su concepto de generación hay más de *positum* que de *factum*. El contenido de esa expresión, concluye, ha estado cambiando desde entonces, con lo que, si bien se ha enriquecido, se ha vuelto más ambigua como categoría interpretativa. Subsiste empero el hecho, no infrecuente, de que la palabra crea realidad y a partir de ese concepto han proliferado las generaciones, debido precisamente a la imprecisión conceptual. El Dr. Lisón habla del «laberinto generacional».

En esta línea, el Dr. Pinillos, hace una llamada a la prudencia, recordando que también Gerardo Diego habló del «lío de las generaciones». En su opinión, si la idea de generación del 98 se toma en sentido débil, regulativo, «como una fórmula útil para entendernos, para poder hablar de unos escritores no-

tables, que tuvieron ciertas cosas en común y otras no tanto, pero, en cualquier caso, han dejado su huella en la cultura europea», no ve razón de peso para oponerse a su uso. Se opone en cambio a la utilización del concepto en sentido fuerte, constitutivo, a fin de reforzar la coherencia de los escritores del 98, a los que califica, en conjunto, de tan individualistas que su individualismo les incapacita para integrarse en acciones colectivas o en equipos capaces de modificar efectivamente la realidad. En suma que, en opinión del Dr. Pinillos, el término generación tomado en sentido fuerte cumple una función ideológica, acorde con una interpretación discontinuista de la historia. Da la impresión de que no le disgustaría emplear la expresión «grupo del 98», utilizada por Sánchez Granjel.

El Dr. Velarde prefiere no entrar en la discusión, limitándose a decir en principio, pragmáticamente, que, en el fondo, se encuentra muy cómodo con lo que dice Pío Baroja sobre aquella generación aunque la llame generación de 1870. En su opinión, lo importante estriba en que el conjunto de reacciones y la necesidad de que era menester que cambiasen las cosas de raíz, acabó por articularse alrededor de la llamada generación del 98, haya existido o no esta como tal, sea, o no, una manifestación del modernismo y de algo que sucede por todas partes. Para el Prof. Velarde, lo característico o unitario de tal generación parece consistir en que, de un modo u otro, rompe con el casticismo.

Por su parte, el Dr. Cerezo critica que se vincule sin más esa generación al desastre colonial. Eso le confiere un perfil ideológico-político en el que se pierde el auténtico, de carácter existencial y metafísico. No obstante, sumándose a la caracterización que hiciera López Morillas del 98 como una fecha en la que se condensa «la crisis de la conciencia española», no le parece el año de 1998 una mala fecha para designarla. En una discusión posterior, apunta como una característica que se distancia del regeneracionismo de tal modo, que sólo Ortega vuelve sobre Costa en 1914. Lo que más critica el Dr. Cerezo es que la práctica reducción de la visión de esa generación al problema de España, no deja ver que era, en realidad, gemela, en sus inquietudes y en su estilo existencial, de otras generaciones europeas, que vivieron la misma coyuntura crítica de fin de siglo.

---

## **EL FIN DE SIGLO COMO CATEGORIA HISTORICA**

Consecuente con su crítica, el Dr. Cerezo propone como más acertada historiográficamente, de acuerdo con el Prof. Jover, esta categoría de la his-

toria crítica literaria que la de generación, sin desechar esta última en lo que pudiera tener de útil. Es decir, a condición de no considerar la española una generación aislada sino paralela a las europeas. El fin de siglo abarcaría el período 1885-1905, época en la que no sólo se produce una notoria variación de la sensibilidad sino un profundo cambio, caracterizado por el auge de las naciones germánicas y anglosajonas y el declive de las latinas. En su última década, dice el Dr. Cerezo se fragua la madurez del 98, ciertamente en un contexto de crisis autóctona, intrahispánica, acotable, poco más o menos, entre el desastre de la guerra colonial y la semana trágica de Barcelona, pero inserto en la gran crisis espiritual que conmueve entonces la conciencia europea, y que las más de las veces suele ser minusvalorada o pasar desapercibida, «incluso para muy conspicuos analistas». Destaca el Dr. Cerezo la difusión de la contraposición entre naciones vigorosas —las anglogermanas— y naciones moribundas —las latinas— citando al respecto, como hace también el Dr. Velarde, la famosa frase de lord Salisbury a los pocos días de Cavite. Es decir, hay que inscribir la decadencia española en un círculo más vasto en relación con el cual el 98 —equivalente, dice, a la derrota francesa en Sedán en 1870— puede seguir siendo útil, al remitir al doble contexto autóctono y europeo universal. Tiene el convencimiento de que sin atender a ese doble contexto resulta imposible dar cuenta de las tensiones que caracterizan al 98 en el campo de la cultura, lo que explicaría la ambigüedad con que se producen los miembros de la generación noventayochocentista. Alega al efecto que, por ejemplo, mientras Azorín se atiene a la situación española, Baroja se hace eco de las preocupaciones comunes con las de otras generaciones europeas coetáneas.

Esta categoría «fin de siglo», se acomoda bastante bien a mi entender a la exposición del Dr. Velarde, quien señala que la revolución industrial obligó a las viejas naciones del antiguo régimen a realizar reajustes hondísimos en sus estructuras políticas y en sus entramados sociales; pero normalmente era un gran trauma colectivo, como una gran derrota militar, lo que llevaba a superar la natural inercia colectiva. «Casi habría que decir, afirma el Prof. Velarde, que a golpe de derrotas, se produjo el progreso de muchísimos pueblos». Hay como una «coalición entre desastre y reacción económica», siendo una situación límite la que fomenta el empujón definitivo. Y viene a sugerir que esos efectos tendieron a acumularse en el fin de siglo. Por una parte, desde el punto de vista económico, «en 1885 la crisis era general»; por otra se inicia el auge de Alemania —de las naciones anglogermanicas frente a las latinas a que alude el Dr. Cerezo—, que consigue un Imperio colonial, mientras prospera su economía bajo el proteccionismo preconizado por List e inicia la *Sozialpolitik*, «un modelo mundial de protección social». Esto, en un mundo en el que, dice el Dr. Velarde, «se llega a definir como nación sólo a la que es capaz de autoabastecerse», repercute, en lo que con-

cierne a España, en el auge del proteccionismo, alentando, en definitiva, el modelo castizo, hasta el punto de poderse decir que, a partir de 1885, España se separa de Europa.

La contribución del Dr. Pinillos no aborda directamente el contraste entre generación y fin de siglo; sin embargo, a mi juicio toda su exposición lo parafrasea, pues compara la situación de nuestro propio fin de siglo XIX con la del fin de siglo en general.

---

### **LOS MIEMBROS DE LA GENERACION DEL 98**

En los cuatro trabajos hay ricas discusiones acerca de quiénes pueden ser considerados miembros de la generación de 1898, cualquiera que sea al alcance y valor convencional de esta categoría. Para el Dr. Lisón, las discrepancias al respecto, que menciona con cierto detalle, constituyen una prueba evidente de la endeblesz de la categoría. Opinión de la que no anda lejos el Dr. Pinillos al repasar la nómina de miembros, recordando que a veces se divide en subgrupos. El Dr. Cerezo no entra tan a fondo en el tema de la nómina, aunque lo aborda, manteniendo en alguna discusión que habría que distinguir etapas en el 98, precisamente en la medida en que dejan percibir cierta sensibilidad social. A su parecer, el 98 constituye un caso muy significativo de conflicto cultural «en el que la nueva conciencia liberal moderna se afirma contra la ideología castiza», advirtiéndole empero que no todo el 98, en el que hay más cosas, puede entenderse en esta línea. Por ejemplo, Ganivet, Azorín, Baroja o Maeztu no encajan simplistamente en tal esquema. Es un momento de «confusión», dice, de recepción de nuevas ideologías: «la crítica a la ideología tradicional castiza, específica de la oligarquía, que, al socaire de la Monarquía restaurada por Cánovas, aún ostentaba el poder real efectivo».

Por su parte, el Dr. Velarde señala la importancia que tiene incluir entre los nombres habituales, los de tres economistas: Flores de Lemus, Bernis y Zumalacárregui, si bien prefiere excluir a este último por no encajar del todo, debido a su crítica al historicismo y al socialismo de cátedra, con lo que el Prof. Lisón llamaría sin duda el *ethos* del 98. Influidos, ciertamente, por la mentalidad de la generación noventayochista, la reacción de Flores de Lemus y Bernis, discípulos de Wagner, en Madrid y Salamanca respectivamente, se apoyaba en su

«admiración ante lo que acontecía en Alemania». El Prof. Velarde insiste también en la importancia que tuvo la aparición de una escuela de médicos que, preocupada por la situación sanitaria, la relacionó con la lamentable situación económica. Menciona principalmente, a Nemesio Fernández Cuesta, Jaime Vera, José Madinaveitia, Verdes Montenegro y Marañón.

Me parece conveniente destacar aquí que, a juzgar por las diversas exposiciones, sin perjuicio del protagonismo de Azorín y la fuerte discrepancia de Baroja, demoledor del concepto y de sus inventores, como recuerdan varios ponentes, aportando el Dr. Pinillos su testimonio personal al respecto, la figura central de la generación o del período es Unamuno, llamando la atención el Dr. López Quintás a este respecto sobre la importancia de su *Diario*.

---

## EL PESIMISMO EN LA GENERACION DEL 98

Un denominador común en las exposiciones de nuestros compañeros es la matización de la caracterización de la generación o época fin de siglo por su pesimismo. En realidad el Dr. Pinillos, que habla de su «visión dolorista», hace mucho hincapié en ello, aunque dice de pasada que le parece «peligroso». El Prof. Velarde, al destacar la importancia de la depresión general de la tercera onda del capitalismo, sin dejar de aludir a Cánovas, «imbuido, dice, de un pesimismo colosal», atribuye rotundamente «el componente pesimista del 98» a Lucas Mallada y sus discípulos. Su papel, afirma, fue decisivo para destrozarse el modelo castizo, el contraponer críticamente los «males de la Patria» a los «*laudes hispaniae*». No se trata tanto de atraso como de pobreza, decía Mallada, siendo esto lo que dio el tono pesimista al contorno de Flores de Lemus y Bernis, y, en general, al de la generación. Con palabras de Baroja, a quien cita, «se dice que esta generación ha sido pesimista, cosa cierta; pero este pesimismo no ha sido perjudicial para el país, sino todo lo contrario; gracias al pesimismo de estos últimos treinta años se ha intentado mejorar una porción de errores y de vicios de nuestra vida social, y, en parte, esta mejora se ha realizado». El pesimismo condujo al «feroz análisis de todo» preconizado por Azorín y, a partir de la constitución de la Comisión de Reformas Sociales en 1883, el estudio de la situación se hizo muy sistemático. Así alude a otro personaje del 98, Constancio Bernaldo de Quirós, quien mostró que los motines, violencias, movimientos más o menos revolucionarios no suelen ir más allá de la mitad del siglo XIX, proponiendo una reforma

agraria. En suma, el pesimismo tuvo el efecto de impulsar una racionalización por la vía de la administración. Sin embargo, el Prof. Velarde no justifica el pesimismo. En los comentarios a su intervención precisa que desde el 98 llegan capitales de América, se exporta bien el mineral de hierro, se capitaliza la electricidad con dinero francés. Aunque es cierto que había fuertes frenos, como el populismo, el proteccionismo o los conflictos sociales, mencionando también el Dr. Fuentes Quintana la falta de dinero estable, el hacendístico y la supresión desde 1886 de la convertibilidad de la moneda, caso único en Europa. Recuerda que, en contraste, Italia tuvo un desarrollo mayor. Se suscitó también una discusión sobre la influencia de la religión, según las conocidas tesis de Max Weber, en relación al menos con la economía, con el resultado de que, prescindiendo de aspectos secundarios, no se puede decir que actuase de freno.

También el Dr. Lisón matiza mucho, sin descartarlo, el tema del pesimismo. Considera más importante que el pesimismo en sí, la enorme expresividad descriptiva de toda esa literatura, su exquisita sensibilidad, escudriñadora e inventora del paisaje castellano, el espíritu de observación detallista y la finura de algunas de sus penetraciones históricas, que captan magníficamente el significado perenne de lo vulgar y cotidiano. En suma, en su poesía, novela, narración y teatro un antropólogo entrevé sin vacilar una «incisiva etnografía andariega» que trae retazos vivos, diáfanos, trágicos, negros de Castilla, Galicia, País Vasco y Andalucía especialmente. Le llama la atención que, «sorprendentemente, esta copiosa y a veces densa etnoliteratura, cuenta poco o nada, a pesar de su carácter concreto geográfico y finas percepciones locales, entre los definidores del 98». Los hombres de este grupo, afirma, poetizan la etnografía y antropologizan la literatura; y para interpretar lo humano, subraya, no basta la pura razón kantiana: «son necesarios, además, la intuición, la imaginación y la creatividad».

El Dr. Cerezo, insiste en que la crisis de la conciencia española ha de enmarcarse dentro del contexto de la equivalente en cultura finisecular europea, que muestra ya la cara desengañada y escéptica de la cultura intelectualista ilustrada, cuyo sentido resume muy bien la expresión unamuniana «fatiga del racionalismo», en definitiva, el fracaso del intelectualismo, de la razón positivista que asfixiaba la vida. El pesimismo tendría, pues, su origen, en que, al engendrar el escepticismo teórico la convicción de la vaciedad del mundo, engendraba el escepticismo vital, dejando sin orientación la vida. «¿Para qué vivir? Este es el problema», resume el Prof. Cerezo, y no sólo, como pudiera pensarse, el de Unamuno, sino el de Ganivet, Baroja o Azorín. Hay algo más fuerte aún que el pesimismo: con el pesimismo vino la seducción tanática por la nada, de modo que, a la postre, la crisis de la cultura ilustrada se delataba como nihilismo. El problema de la generación finisecular es su incapacidad para sentir imaginativa e in-

tuitivamente la vida absoluta del todo como la generación romántica, y para seguir siendo fiel al espíritu del positivismo como la generación naturalista inmediatamente anterior. Así pues, concluye el Dr. Cerezo, lo suyo era un nuevo romanticismo en el que la nuda pasión de vivir, la voluntad de vivir, afirmándose creadoramente contra el sinsentido, en algún caso a la desesperada, como en Unamuno, o bien, lúdica y a la aventura como en Azorín y Baroja, se convierte en un nuevo modo de pensar. Por ende, de acuerdo con el Prof. Cerezo, sin perjuicio de los factores propiamente hispanos, el pesimismo de la generación del 98, debe precisarse relacionándolo con el ambiente pesimista europeo de la época fin de siglo.

El Dr. Pinillos hace una interesante puntualización en relación con el tópico. El Desastre es, ciertamente, un momento característico. Pero resulta muy curioso que, literariamente, salvo la alusión obligada al hecho, no se registre ninguna reacción. El problema no es tanto el pesimismo como la actitud de desconcierto ante la identidad de España, aspectos que, sugiere el Prof. Pinillos, es preciso distinguir. Explica así la actitud de los hombres del 98: si resulta que España no es un león dormido ni un «pueblo indómito», pero tampoco es el país de la *Kultur* como Alemania, ni la patria de las libertades como Francia, un Imperio como Inglaterra o un país industrial como Estados Unidos, entonces, ¿qué es?

---

## ACTITUDES CRÍTICAS Y CASTICISMO

El Dr. Pinillos piensa que en la obra de los escritores novetayocheentistas hay dos tipos de ensueño (el Dr. Velarde hizo la observación de que el primer 98 se dedicó a la búsqueda de utopías): los ensueños literarios y los ensueños como españoles, sin que ello autorice a que deban darse por pasadas las preocupaciones por España de Ganivet, Unamuno, Antonio Machado o Maeztu. La cuestión de la ensoñación motivó la intervención del Dr. López Quintás sobre el tema unamuniano de la intrahistoria, de la vigencia de la historia interior. El Dr. Pinillos insiste en que hay mucho esteticismo en las posturas de aquella generación. Su interés por España es, ante todo, por la tierra y el paisaje —tema este último, hace notar el Dr. Fernández de la Mora, propio del siglo XIX— más que por los hombres, cuyas circunstancias vitales, como hacia notar el Dr. Lisón, se limitan a describir. El Dr. Herrero de Miñón resaltó en una breve intervención al respecto, el excesivo predominio de lo literario sobre la política, confirmando el

Dr. Pinillos que, verdaderamente, a mi entender, no hay un nacionalismo español. ¿Quiere decir esto que la generación compartía, *malgré tout*, la actitud casticista que, por decirlo así, se impone en la época desde instancias oficiales formase parte o no de la ideología del régimen? Según lo expuesto a lo largo de las diversas ponencias parece que no fue así.

Lo cierto es que, los escritores del 98, si bien son a veces un tanto ambiguos, en general están en contra de la ideología de la Restauración sin precisar en qué consiste, aunque el Dr. Velarde habla de la existencia de una «ideología beligerante frente a la existencia de una economía castiza entre nosotros», nacida a consecuencia del miedo de Cánovas a toda apertura. El Dr. Fuentes Quintana, recuerda que fue este último quien reintrodujo los elementos castizos en la economía (como el elevado arancel de 1881). Casticismo que se articuló, dice el Prof. Velarde, en torno a un modelo de «regustos alemanes» que producía pobreza y, sobre todo, marasmo. El «feroz análisis de todo» preconizado por Azorín tiene ahí una de sus razones de ser. Ese análisis incluía el de la historia de España. Pues no bastaba la crítica ideológica sino que era preciso calar más hondo, en la constitución histórica fáctica del carácter español, con vistas a hallar la clave de su reconstitución o regeneración. El análisis mostraba que la ideología castiza de la oligarquía, a pesar de proclamarse liberal seguía siendo dominante, siendo esto, según el Dr. Cerezo, lo que hace confluir el pensamiento liberal radical y el socialista, que, junto al anarquismo, se propagan al socaire de la cuestión social. Por lo demás, en la discusión se señaló que habría que matizar las críticas noventayochistas al liberalismo, fundadas en parte, comentó el Dr. Fuentes, en que precisamente los liberales favorecían el proteccionismo y querían legitimarlo. Unánime reconocía «el alma liberal» del manchesterismo, se hablaba de la necesidad de un nuevo liberalismo y alguien recordó que tanto aquel como Maeztu estaban dentro del desarrollo capitalista a ultranza, a pesar de que el escrito de este último *El sentido reverencial del dinero* es casticismo puro. El Dr. Velarde recordó que el liberal atacado por Unamuno, con quien Flores de Lemus no se entendía, es Moret, no Cánovas.

Para el Dr. Cerezo, la generación del 98 se movió sustancialmente, en su crítica a la tradición castiza, en la línea de Unamuno, aunque con menos matices, en la medida en que no tenía un sentimiento religioso tan vivo. Los hombres del 98 «denunciaron el dogmatismo católico con su educación represiva e inhibidora, el ordenamiento jurídico, leguleyo y formalista, la versión militarista del poder político y la insensibilidad a la cuestión social, que era el gran problema de fin de siglo». La contraposición entre lo castizo y las nuevas ideas, llevó por ejemplo, a Unamuno o Ganivet a propugnar la superación de la tensión tradición-progreso. El primero opondrá así la tradición eterna, que vive en lo hondo de la

intrahistoria, a la tradición castiza, de base religiosa y teológica, como había reivindicado Menéndez y Pelayo. El otro aspecto fundamental de la tradición castiza, señala el Prof. Cerezo siguiendo a Unamuno, era esa militarización del poder político, tema que en él era obsesivo.

De todo lo expuesto cabe inferir que los tres componentes principales de la tradición castiza o del casticismo serían el económico, el religioso y el militar.

Por otra parte, si se me permite un breve inciso personal, sugiero que convendría preguntarse: ¿hasta qué punto y/o en qué sentido forma parte el casticismo, que está en centro de la discusión, de la ideología oficial del régimen, catalogada como liberalismo doctrinario? Y quizá otra pregunta aún más pertinente: ¿captaron en su estricto sentido los hombres del 98 que, independientemente de sus defectos, por fin se había construido un Estado y establecido un régimen político? Si el Estado es un orden territorial cerrado, ¿hasta qué punto no fue el casticismo una consecuencia de la preocupación por instituir la estatalidad?

---

## **ACTUALIDAD DE LA GENERACION DEL 98**

Si el Dr. Lisón ve en los autores del 98 unos magníficos escritores que levantan acta notarial de una realidad en la que permiten penetrar, y el Dr. Velarde afirma que, desde nuestra perspectiva, hay que valorar el desastre como la ocasión en que se empezó a pensar seriamente en superar una serie de deficiencias españolas, entre otras mediante la crítica al casticismo, mientras el Dr. Cerezo sugiere por su parte que, si se inserta todo lo del 98 en un contexto más amplio, resulta que la historia española ha seguido un rumbo más o menos paralelo a la de los demás pueblos europeos, el Dr. Pinillos ha centrado su contribución precisamente en este aspecto. Subraya, apoyándose en Hobsbawm y J. Lukas, que si cronológicamente nos separan de ellos cien años, aparentemente una centuria, sin embargo la distancia es de dos siglos, dado que la naturaleza de los siglos no se define por la contabilidad en años. En suma, que el tiempo histórico es cualitativo y que nos separan del 98 el siglo XX y el siglo XXI en el que estamos ya. Por ende piensa que, al valorar la actualidad de aquella generación, es preciso tener en cuenta tres cosas: primera, en qué medida siven aún las ideas, convicciones y actitudes de esos hombres para orientarse por las turbulentas aguas

del siglo XXI; segunda, puesto que hay otras corrientes y tendencias, hasta qué punto representan sus ideas el pensamiento español de fin de siglo; y, tercera, si ambas cuestiones son específicamente españolas o se inscriben en una crisis más amplia de Occidente con repercusión en el resto del mundo, se echan de menos cosas como la ausencia de mujeres en la nómina generacional, mientras que la única respuesta práctica al desastre fueron los nacionalismo; ocurre también que los hombres de la generación del 98 no participaron en la guerra, constituyendo «una penosa realidad», dice el Dr. Pinillos, el hecho de la ausencia literaria de América en la mayoría de los casos, sin que exista, desde luego, el menor asomo de comprensión con los insurrectos o separatistas, precisando al respecto el Dr. Velarde que la relación con América comenzó en 1902, y sólo se empezó a mirar América con ojos americanos desde 1908. Al desastre acompañó un silencio apenas roto por Unamuno o Maragall. En contraste, afirma el Dr. Pinillos, existe hoy un gran pluralismo. En fin, otro argumento sobre la vigencia de esta generación es que el horizonte en que se mueve actualmente España, resulta ser vitalmente muy distinto, el mundo en que vivimos es muy diferente y, con todos sus inconvenientes mucho mejor que aquel. Desde nuestra altura histórica, el mundo del 98 da la impresión de lejanía, si bien el Dr. Herrero de Miñón observa de pasada que hay, no obstante, algunos elementos idénticos, como la actitud popular ante la guerra del 98 y la reciente del Golfo. El Dr. Fernández de la Mora apuntó que Ortega es más importante que la generación del 98, con la que no tenía ninguna deuda, y el Dr. Cerezo, tras recordar que importa poco si existió o no la generación del 98, resume su principal aportación en la exploración del «alma trágica», siendo su concepción filosófica expresión de la crisis finisecular y una de las primeras manifestaciones de posmodernidad.